

# Arte, experiencia y profesión: capas de la formación artística en la Universidad Central del siglo XXI

Luz Dalila Rivas C.\* |

---

\* Exdirectora de la Escuela de Artes y vicerrectora de Desarrollo Académico e Innovación de la Universidad Central. Doctora y magíster en pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México, donde recibió mención honorífica y la Medalla al Mérito Alfonso Caso. Correo: lrivasc@ucentral.edu.co

**E**n el marco de los sesenta años de la Universidad Central, pensar el lugar de las artes en la Universidad del siglo XXI exige algo más que una conmemoración institucional. Exige reconocer un proceso histórico e intelectual en el que la formación artística ha transitado desde una matriz predominantemente humanística, cuando sus programas hicieron parte de la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte, hacia una comprensión más compleja de la creación como eje pedagógico, epistemológico y profesional, cuando se constituyó la Escuela de Artes en 2022. En ese desplazamiento se juega una idea de universidad que ya no concibe el arte como complemento ilustrado de la formación general, sino como experiencia de conocimiento, práctica social, ejercicio crítico y horizonte profesional. Desde esta perspectiva, la Escuela de Artes encarna la Universidad del siglo XXI: una institución que entiende que la creación no adorna el saber, sino que lo produce, lo interroga y lo transforma.

Formarse en artes aquí es, ante todo, atravesar un trayecto profundamente humano: un proceso tejido por búsquedas, dudas, intuiciones, hallazgos, vacilaciones, cansancios y pequeñas conquistas que transforman, poco a poco, la manera de estar en el mundo. En ese recorrido importan, desde luego, las herramientas, los lenguajes y los procedimientos; sin embargo, ninguno de ellos agota la experiencia formativa. Antes de dominar una técnica, el sujeto aprende a percibir, a escuchar con profundidad, a demorarse en el detalle, a sostener una pregunta incluso cuando todavía no dispone de una respuesta. Aprende, en suma, a construir una relación distinta con el tiempo, con la atención y con la experiencia misma.

Quiero compartir la reflexión sobre ese trayecto desde cuatro dimensiones que dialogan y se sostienen entre sí: el arte como actividad

profundamente humana, como dispositivo político, como industria y como profesión. Estas dimensiones no son compartimentos ni cajones aislados; son capas simultáneas que constituyen la experiencia de formarse y ejercer como artista en un país, en una ciudad y en un mundo donde la sensibilidad es un recurso social, un lenguaje crítico y una posibilidad de transformación.

Inicio con la primera capa: *el arte como actividad profundamente humana*. Antecede a la técnica no porque la ignore, sino porque la desborda: surge en el cuerpo que siente, en la memoria que conserva lo vivido, en la intuición que orienta sin explicación inmediata, en lo que duele, en lo que ilumina, en lo que estremece. En la Escuela de Artes, este principio se hace evidente cuando la formación no se limita a la teoría, la historia o las herramientas, sino que invita a comprender que crear es, antes que nada, una manera de habitar el mundo. El artista aprende a dar tiempo al detalle, a construir desde la fragilidad, a escuchar los silencios, a sostener la duda sin rendirse y a ver lo que otros no miran. Ese trabajo sobre la percepción —lento, íntimo y exigente— es lo que transforma la vida en experiencia estética. Por ello, más que una disciplina o un oficio, el arte constituye una forma de ser y estar en el mundo.

La formación artística se define por la capacidad de sentir con profundidad, de observar con extremo cuidado y de transformar la experiencia en sentido estético. En ese gesto —el de convertir lo vivido en una pregunta sensible dirigida al mundo— reside lo radicalmente humano de la creación. Por lo tanto, ser artista implica asumir la sensibilidad como materia prima de la creación, la atención como ética y la experiencia como construcción de sentido. Esta manera de mirar y de interpretar la realidad es, finalmente, lo que permite que la práctica artística trascienda la técnica y se convierta en una forma de vida.

Está luego la segunda capa: *el arte como dispositivo político*. El arte transforma lo que se ve y lo que se siente. Toda práctica artística implica una posición política, incluso cuando no la explicita. Ojo: política, mas no partidista. A este respecto, Jacques Rancière señala que el arte participa en la redistribución de lo sensible, es decir, en la definición de quién aparece, quién habla, qué se hace visible, qué se

escucha, qué se considera valioso y qué queda en silencio (un silencio que dice mucho).

Una obra no es solamente un objeto estético: es una reorganización de la percepción social. Cada encuadre, cada luz, cada textura, cada palabra, cada ritmo constituye una decisión sobre el mundo, sobre cómo queremos ver el mundo, sobre cómo queremos, como artistas, mostrar el mundo, para que este se vea, se escuche, se sienta y se habite. Decidir qué mostrar, qué escuchar, qué narrar y desde dónde hacerlo es siempre una forma de intervenir en la cultura y en las relaciones de poder que ordenan la vida colectiva. Por esto mismo, el arte es sumamente poderoso.

De ahí que la estética no puede entenderse únicamente como estilo: es memoria cuando rescata lo olvidado; es conflicto cuando confronta lo establecido; es territorio cuando define desde dónde se mira; es comunidad cuando reconoce al otro como interlocutor sensible. Elegir una estética es también elegir un posicionamiento ético: afirmar qué vidas importan, qué historias merecen ser contadas y qué sensibilidades necesitan ser habilitadas.

En nuestra época, marcada por la expansión tecnológica, la política del arte adquiere nuevas capas. Las tecnologías no solo transforman la producción artística: transforman la percepción, la comunicación y la subjetividad. Decidir qué tecnología usar —o evitar— es también decidir qué mundos queremos habitar y qué formas de relación queremos promover. En ese sentido, el arte opera como un espacio de disputa de sentidos, como una herramienta para abrir mundos posibles y como una forma de imaginación política que extiende los límites de lo que podemos sentir y pensar.

Toda obra es una postura y una decisión. Toda creación es un modo de decir: “esto importa, esto merece ser visto, esto merece ser sentido”. Ese acto, en sí mismo, es político.

Está, entonces, la tercera capa: el arte como industria y empresa. Es valor, sostenibilidad y cadena de relaciones. Aunque a veces la palabra “industria” parezca lejana de la intimidad sensible del arte, la experiencia demuestra lo contrario. El arte moviliza personas, territorios, economías, oficios, saberes y comunidades. Es un trabajo que

toca emociones, pero es trabajo al fin, y, como todo trabajo, requiere gestión, planificación, negociación, alianzas y liderazgo.

En la formación artística no solo se aprende a crear; se aprende a producir. Se aprende que una idea necesita recursos, que un proyecto necesita un plan, que la sensibilidad requiere sostenibilidad para llegar a otros. Se aprende que el arte articula oficios diversos y convoca saberes múltiples, y que la responsabilidad artística también es responsabilidad laboral, social y económica.

Asumir que el arte es industria y empresa no le resta profundidad humana: le da condiciones para existir. Le permite ir más allá del impulso inicial, circular en el territorio, encontrarse con públicos, sostener procesos y transformar vidas. Comprender la condición productiva del arte es reconocer que la creación también requiere organización, y que la sostenibilidad no es enemiga de la sensibilidad, sino su aliada.

Aparece, entonces, la cuarta capa: *el arte como profesión*. Ser profesional en las artes no es un salto al vacío. Es ingresar a un campo profesional real, diverso, dinámico y en expansión. Ser artista hoy no es sinónimo de precariedad; es sinónimo de valentía, de agencia, de responsabilidad, de identidad profesional construida en la técnica, en lo académico, en la sensibilidad y en lo humano.

Hoy, trabajar en el sector artístico implica crear, producir, gestionar, emprender, enseñar, investigar, diseñar, articular políticas culturales, trabajar con comunidades y dialogar con la industria. Es una profesión en la que la creatividad no vive aislada, sino en relación con contextos, instituciones y personas. La formación profesional no se reduce al currículo formal: también se expresa en la disciplina, en la ética de terminar lo que se empieza, en la humildad para aprender del error y en la capacidad de trabajar con otros. Es una profesión que atraviesa el cuerpo, el tiempo y la manera de decidir. Una profesión que, lejos de cerrar posibilidades, abre caminos.

Y al final, más allá de estas capas, *el arte es también una forma de vida*. La Escuela de Artes no les entrega a sus egresados solo un título; con él les entrega un modo de mirar, de preguntar, de acompañar con ternura, de incomodar con valentía, de escuchar con atención y de crear con rigor. Quienes egresan de los programas de la Escuela salen

provistos de técnicas, sí, pero también de criterios; salen con saberes, pero también con gestos, con proyectos y también con una ética que los acompañará siempre.

Confiar en ese modo de estar en el mundo es confiar en que, donde vayan, abrirán caminos, crearán sentidos, transformarán lo sensible y lo social, y harán, con otros, mundos más habitables. ○